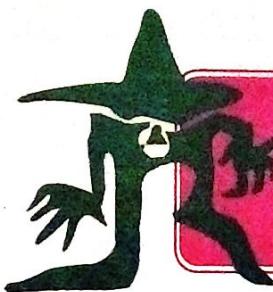


Se le aparece cada quincena



John Updike • Marco Tulio Cicerón • Adolfo Cárdenas • H.C.F. Mansilla • Raúl Teixidó
• Xavier Abril • Leonardo García-Pabón

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII nº 421 Oruro, domingo 5 de julio de 2009

FUNDACION
ZOFRO
CULTURAL



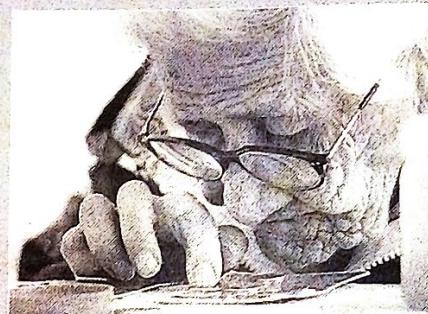
Figura. Témpera sobre cartón
Erasmo Zarzuela Chambi

Palabra

La palabra escrita entra por los ojos, y por medio de una retina finísima lanza al interior, para ser traducidas, unas sombras semejantes a patas de insecto. Se abre entonces un espacio inmenso en el silencio y en la intimidad. Allí, todo, literalmente, es posible. El escritor desciende a un subuniverso infinitamente fecundo, e invita al lector a seguirle, no sólo para que aprenda, sino también para que goce con el deleite de la mente que se ha librado de la materia y que se siente alborozada por la fuerza que le ha robado.

John Updike en: *Lexi Lexe. Temas de reflexión*.

La ancianidad - XX



No hay término fijo para la ancianidad. Se vive bien en ella todo el tiempo que sea posible cumplir los propios deberes y despreciar la muerte. Por eso ocurre que la vejez sea más animosa que la juventud y hasta más fuerte que ella. Éste es el sentido de la respuesta de Solón al tirano Pisístrato.

Le preguntó éste:

—¿En qué confías para oponerte a mí con tanta audacia?

Solón respondió:

—En la ancianidad.

Pero el final más bello de la vida es que, estando lúcida la mente y activos todos los sentidos, sea la naturaleza la que disuelva lo que ella misma compuso. Así como a una nave o a un edificio desata o desarma más fácilmente el que los construyó, así al hombre, es la naturaleza, que lo conformó, la que mejor lo deshace. Toda obra nueva se rompe con desagrado; pero la que está vieja con facilidad. Así ocurre que aquel breve residuo de vida que les queda a los ancianos, no debe ser perseguido con avidez como tampoco deben renunciar a él sin causa.

Platón prohíbe que sin permiso del general —general como símbolo de Dios— abandone alguien el puesto de guardia— símbolo de la vida. Hay un epitafio del sabio Solón en el que se dice que no quiere que a su muerte le falten el dolor y los lamentos de sus amigos. Lo que quiere, supongo, es el cariño de los suyos; pero seguramente es mejor lo que dijo Ennio:

*Nadie me adorne con lágrimas
ni haga con llanto mi funeral.*

Ennio piensa que la muerte no debe ser llorada, porque a ella sigue una eternidad.

Puede haber algún dolor, pero éste es por poco tiempo, especialmente para el anciano; pero después de la muerte, o hay una sensación muy codificable o no hay ninguna.

Esto debe ser meditado por la juventud, para que aprenda a despreciar la muerte. Nadie puede, sin esta meditación, conservar la tranquilidad de su espíritu. Pues es seguro que vamos a morir, pero es incierto si será en este mismo día. Por tanto, ¿quién podrá tener firmeza de espíritu mientras teme a la muerte que está amenazante a toda hora?

No creo que sea necesaria una larga discusión sobre este punto, si recordamos no a Lucio Bruto, que fue muerto mientras daba libertad a la patria, no a los Decios, que apuraron a los caballos en la carrera hacia una muerte voluntaria, no a los Escisiones que intentaron cerrar el paso a los cartagineses, aunque fueran con sus propios cuerpos, no a Marco Atilo, que partió al suplicio para ser fiel a la palabra empeñada a un amigo, no a tu abuelo Lucio Paulo, que pagó con la muerte la temeridad de su colega en la ignominia de Canas, no a Marco Marcelo, cuyo cadáver ni el más cruel de los enemigos toleró que fuese privado del honor de la sepultura, sino a nuestras legiones, que, como escribió en los "Orígenes", muchas veces partieron con ánimo alegre y optimista a lugares de donde sabían que no volverían jamás. ¿Temerán los doctos ancianos aquello que desprecian unos jóvenes no sólo sin instrucción, sino hasta rústicos, como son los soldados de las legiones?

Ciertamente, la saciedad de todos los deseos produce también la saciedad de la vida, según mi criterio. La infancia tiene sus propios gustos, los cuales no son apetidos por la juventud. Los gustos de la juventud tampoco atraen a la edad madura y los de esta edad no los desea la ancianidad. Por último, también la vejez tiene sus gustos. Y así como los gustos de las etapas anteriores van cesando, también cesan los de la vejez. Cuando esto ocurre, sobreviene la saciedad de la vida que trae consigo el momento maduro para la muerte.

el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo cíceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquiza@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*

Marco Tulio Cicerón. Arpino, 106 – 43 a. C. Famoso orador de las Catilinarias.
El texto fue traducido por Mario Frías Infante.

La historia continuada de Pablo y Virginia

Quien conozca la leyenda de la Madame y la de su trágico amante el Elvis, conocerá también la casona-conventillo en que dichos acontecimientos sucedieron y quizás hasta sabrá que el teatro de la grotesca historia fue exorcizado a la exigencia de los vecinos y que, pese a ello, quedó abandonado hasta que la angurria del dueño pudo más, cuando a sugerencias de un hijo suyo con aficiones decorativas, refaccionó la estancia convirtiéndola en un micro departamento que alquiló a una pareja de probables recién casados de nombres Juan Pablo y Virginia; llamados ellos a convertirse en protagonistas de este dramón.

En principio todo funcionaba como en primavera; aún en ese laberinto los días eran soleados y optimistas. Los vecinos sonreían y saludaban con especial deferencia a los nuevos habitantes que desplegaban una dicha casi artificial en sus caminantes por aquellos vericuetos de circo.

Como es de suponer, la pareja no percibía los sutiles cambios que se operaban en su comportamiento y que, a decir de los amantes del melodrama, era el resultado de la nefasta aura que la Madame le había heredado al lugar, es decir, la sumatoria de los microscópicos restos de hervidos satánicos y vapores de aqualarre que habían permanecido adheridos a rincones, dinteles o resquicios, y que operaban lentamente en la capacidad de raciocinio de sus habitantes.

Ello se manifestaba a partir de algunas rarezas que fueron conflictuando gradualmente la vida del matrimonio, como era el hecho por parte del marido de usar un reloj en cada muñeca, tener dos cepillos de dientes al mismo tiempo o crear pequeñas peleas domésticas porque la mujer le llamaba Juan cuando él quería que le llamasen Pablo, o viceversa.

Al exterior, estas pequeñas excentricidades causaban apenas extrañeza menores en el vecindario, que a veces veía al flamante marido vestido de impecable ejecutivo pero con calcetines de diferente color y otras tantas luciendo y apestando como chulo de cuarta embarrado en ordinarias lociones argentinas.

A todo esto Virginia, la esposa, tomaba los hechos como extravagancias un tanto cotidianas que, sin embargo, sentía iban subiendo de tono a ritmo pausado pero seguro. Notaba que junto a las absurdas exigencias de sustitución de nombres, venía un gradual proceso de cambio de comportamientos.

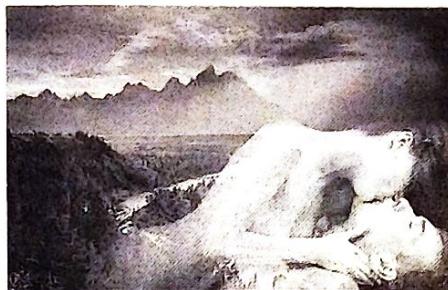
El llamado Juan era aparentemente convencional y sobreprotector, en cambio, quien se hacía llamar Pablo era apasionado y supuestamente irresponsable. La esposa tenía que confrontar a ambos sin tener a momentos una idea exacta de con quién se comunicaba, como aquella vez en la que su esposo entrara en un baño público como Juan y saliera como Pablo.

Preocupada ella por el cariz de la situación, buscó a un primo enfermero que tenía un amigo odontólogo que tenía un amigo médico que tenía un amigo psicólogo, que finalmente y después de mucho trámite le concedió una especie de consulta gratuita en la que le ilustró sobre la salud mental de su marido.

Se habló de patologías, o bien, galopantes o bien, severas; se habló de personalidad múltiple, de disociaciones funcionales, de perturbaciones propagadas y de otras ambigüedades de las que honestamente Virginia no entendía mucho por no decir nada.

Esa preocupación entonces, cedió el paso a un ligero proceso de enajenación. No se sabe si por contagio del marido o del hogar que habitaban, que en apariencia exudaba vapores purulentos y perniciosos. De esta manera, ella fue reconociendo con cuál de ambos trataba y, consiguientemente, convenciendo a sí misma de que era propietaria de un marido y un amante.

Ya con ambos deschavetados, la relación fue tornándose más extraña o mucho más extraña, sobre todo para los vecinos que no podían explicarse las poco ortodoxas relaciones de la pareja, aunque para éstos todo estuviese dentro del



rango de lo normal con un aditamento de clandestinidad para Virginia, que no hallaba la hora en la que Juan partiese hacia algún lado para alistarse y recibir a Pablo, disfrutando de esa relación, a su criterio, sórdida pero apasionante.

Para facilitar dichos encuentros, fue el propio Pablo quien sugirió a su amante el alquilar una habitación en la misma laberíntica casona. Como destino y casualidad, a veces, vienen a ser lo mismo, el lugar sí existía en el tercer patio de esa ciudadela en miniatura y donde nuevamente se manifestaba la angurria del dueño, cuando firmaba el contrato de alquiler sin preguntar absolutamente nada o como dice el vulgo: sin decir esta boca es mía.

Así comenzó a desarrollarse esta nueva existencia que el vecindario seguía con curiosidad creciente y con el morbo típico de la gente que tiene mucho tiempo para derrochar. Sonreían pues y se codeaban entre ellos cuando la pareja pretendía dirigirse a escondidas hacia el tercer patio, algunas tardes de la semana, ambos ataviados como agentes de seguridad de algún estado policiaco, es decir de oscuro y con gafas.

Sonreían también cuando por las noches ella recibía al esposo, que regresaba del trabajo, con evidentes muestras de afecto.

Pero como amar a dos personas a la vez es bastante agotador, los sentimientos de Virginia por su esposo se fueron apagando, enfriando, desgastando o como se diga y llegó el momento en que no soportaba la presencia del sosodicho, quejándose al llamado Pablo de supuestas torturas psicológicas, escenas de pésimo gusto y actitudes detestables como caldear la fría cama a fuerza de pedos, pretendiendo que ello era tener sentido del humor. Todas estas confesiones, luego de legendarias revolcaderas en aquel cuarto del tercer patio que ella bautizó como: "el crucero del amor" en contraposición a su departamento al que también le puso un nombre: "la cámara de gas".

No tuvo que pasar mucho tiempo para que Juan, el marido, se diera cuenta de que algo andaba mal; percibía en su esposa actitudes distantes. Al llegar sentía en ella un aroma ordinario aunque vaguísimo familiar, entonces no reclamaba, por temor al ridículo, pero los celos le mordían la entraña.

Masoquista anhelaba alguna momentánea salida de la mujer para rebuscar y encontrar algo que le permitiese afianzar la imagen de la traición, llegando inclusive a la bajeza de oler calzones u otras prendas para encontrar sólo ese impuro aroma que le producía esa lejana reminiscencia de propiedad que no coadyuvaba a la certeza.

De ello se ocuparía una octogenaria con la visión bastante devaluada, vale decir casi ciega, y que creyó ver lo que Juan quiso escuchar: la pareja que se dirigía algunas tardes a un cuarto del tercer patio y que permanecía allí, más o menos hasta el ocaso.

Ésa vendría a ser la chispa que encendió la mecha, la gota que colmó el vaso, el dato que permitió al marido acelerar un proceso traducido en boches y escandaletes para lograr esa final confesión que no llegaba.

Estas pataletas eran minuciosamente transmitidas al llamado Pablo que, con arengas espectaculares, maldecía la

crueldad de ese marido incompetente y reforzado que no percibía que el único culpable era él. ¡Él, sólo él! gritaba mientras sus calzoncillos estampados con marcas de preservativos volaban por los aires. Él hacía lo propio pero a la cama, no sin antes mirarse en un gigantesco espejo que doblaba las dimensiones reales de la estancia y hasta los espléndidos alardos con que Virginia animaba o vitoreaba los embates del amante.

Pero si ese miserio cuartucho era símbolo de placer y felicidad, su hogar lo era de dolor y desdicha, tanto así que cansada ella decidió –no sin antes exigir al marido que tomara las cosas con calma– confesar la existencia de alguien que colmaba sus aspiraciones, que había llenado esa soledad en la que estaba sumida, que la comprendía como nadie. Es decir todo lo que se estila en este tipo de situaciones.

Era obvio que Juan, pese al propósito de mantenerse tranquilo, estalló como un petardo de año nuevo: ¡Voy a matar a ese bastardo! Amenazó imitando los adjetivos de las series de televisión y extrayendo de un cajón el revolver-herencia Remington Navy calibre 44, reliquia de la guerra del Pacífico y que sin embargo podía hacer un agujero del tamaño de una cloaca a quien se le pusiera enfrente, con proyectiles como meniques que también extraía del mismo sitio.

Deambuló por la barriada sin norte ni concenso hasta que una oscura intuición lo llevó nuevamente hasta el conventillo y, dentro de él, al dicho cuarto.

A la esposa que le vio pasar rauda y decidido se le congelaron los oídos, escarchando su ropa interior de tal modo que no le concedía la movilidad que le permitiera seguirlo para evitar la desgracia.

Algunos de los vecinos vieron, no sin extrañeza, cómo, el hombre armado de semejante trabuco se llegaba al tercer patio y, forzando la puerta, se metía en la habitación, la cerraba por dentro y eso fue todo lo que vieron, lo que por supuesto no les impedia escuchar gritos y exclamaciones que terminaron abruptamente con el estruendo de dos disparos que encontraron eco sólo en el patio vacío, porque todos los presentes se habían esfumado.

Un comedido llamó a la comisaría representada necesariamente por el comisario, un guardia y su perro al que el barrio entero conocía por el nombre de "sheriff" y que entraron en escena seguidos a alguna distancia por un cortejo de curiosos.

A medio camino se encontraron con el hombre que emergía de una calleja interior y, allí mismo, se armó un pequeño desbarajuste. Los vecinos, aliviados de ver con vida a quien creyeron difunto, relataron la historia como la entendían, y que en realidad lo único que había fue alguien en un cuarto disparando contra las paredes.

Satisfechos, comisario, guardia y perro, no se dieron el trabajo de llegar hasta el fondo -algo más interesante, como una merienda, por ejemplo, les urgía, así que confisaron el arma, devolvieron a su dueño aparentemente de regreso en el planeta, ya que al preguntarle sus generales dijeron llamarse Juan Pablo, que salía de escena custodiado por los agentes, quienes probablemente estarían pensando en solicitar una propina y listo.

La tracalada, desilusionada porque el epílogo no fuera más dramático, se fue desconcentrando y casi nadie hizo caso de la octogenaria que juraba haber visto un cadáver en el cuarto del tercer patio.

Adolfo Cárdenas Franco. Narrador. La Paz, 1950.
El cuento está incluido en *Tres biografías para el olvido*.



Gonzalo Romero en mi memoria

De manera intermitente frecuenté desde la infancia a mi tío Gonzalo Romero Álvarez-García (1916-1989), un hombre muy guapo, distinguido y educado, que gozaba de una inmensa popularidad entre las damas de la clase alta. Le gustaban las mujeres elegantes y discretas. Era austero en la vida privada y en cuestiones económico-financieras; la administración de fondos y bienes no representaba su lado fuerte. Pero fue un intelectual agudo, un gran animador de causas culturales e investigador de temas históricos. Estudió derecho, pero sus verdaderos intereses eran la diplomacia, la política y los libros. En los círculos familiares todos creíamos que sería alguna vez presidente de la república, pues parecía predestinado a ello. Era un gran orador: tanto ante una dilatada audiencia política como ante un público académico podía improvisar discursos con un contenido sólido y una estructura bien armada. Pero no tenía la inclinación para sentarse a escribir metódicamente un documento político.

Su abuelo Carlos V. Romero (1856-1909) fue un destacado miembro del Partido Liberal, comandante militar durante la Guerra del Pacífico (1879-1880), durante la cual ganó la batalla de Canchas Blancas, la única victoria boliviana en aquella guerra. En la época de la Guerra Federal (1898-1899) incendió las propiedades de sus parientes conservadores en el valle de Cinti y dirigió las operaciones militares en el sur del país. (Hay que señalar, en descargo suyo, que sus fincas habían sido devastadas por acción de los conservadores en 1888.) Fue Ministro de Guerra y del Interior durante la presidencia de Manuel Pando. Posteriormente fue diplomático en Argentina y Brasil. Carlos Romero Caverio, hijo del anterior y padre de Gonzalo, Ministro de Fomento bajo la presidencia de Hernando Siles y director del periódico *EL DIARIO* (La Paz), publicó un notable y hermoso libro en 1919, *Las taras de nuestra democracia*, que ha pasado desapercibido hasta hoy. Es un estudio precursor sobre la cultura política boliviana y la persistencia de la mentalidad tradicionalista y retrógrada de la colonia española. Padre y abuelo fallecieron relativamente jóvenes, sin alcanzar las metas que se habían propuesto. El comienzo del siglo XX representó la época de oro de esta estirpe: había una fuerte presencia en el gabinete ministerial, mi abuela Delfina era el centro de la vida social en La Paz y su hermano Lino Romero (padre del filósofo Numa Romero del Carpio) ejercía las funciones de Delegado Nacional en el territorio del Acre durante la guerra con el Brasil. Otro parente proveniente de Cinti, José Gutiérrez Guerra, unido además por vínculos políticos, llegó a ser Presidente de la República de 1917 a 1920.

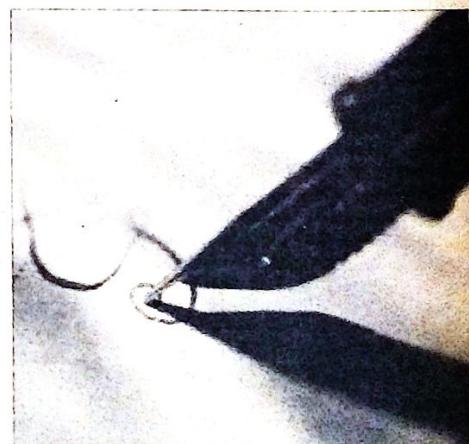
Mi tío Gonzalo actuó en la política activa desde la adolescencia. Su vida y su pensamiento son interesantes porque representan bastante bien a un segmento de la antigua clase política boliviana, justamente a su sector esclarecido, y también a aquellos intelectuales que tuvieron el gusto por la cuestión pública. Las luces y las sombras de ambos grupos se reflejan en las actuaciones del tío Gon-



zalo. Empezó su carrera como izquierdista y la concluyó a la derecha. Como muchos intelectuales de su época estuvo bajo influencias muy dispares, como José Ortega y Gasset, Friedrich Nietzsche, Enrique Rodó, Georges Sorel, Gustave Le Bon y James Burnham. Fue secretario general del Partido Socialista hacia 1938-1939, colaborador del presidente Gualberto Villarroel (1943-1946), director del periódico *LA NOCHE* y posteriormente dirigente del *Movimiento Pachakuti*, fundado por Fernando Díez de Medina. De allí pasó a la *Falange Socialista Boliviana*, de la cual fue subjefe nacional durante muchos años. Y dentro de este partido, cuyo nombre ya lo dice todo (Falange y socialismo simultáneamente), llegó a ser el líder del ala izquierdista. Ejerció diversos cargos, como diputado, senador, embajador en el Brasil y ante la Organización de Estados Americanos (OEA) y Ministro de Relaciones Exteriores (1981-1982). Como embajador ante la OEA obtuvo su triunfo más conocido, cuando la Asamblea General en 1979 emitió una resolución muy favorable a Bolivia en su controversia con Chile sobre el problema marítimo. No era, sin embargo, un hombre astuto y calculador; le faltaron estas cualidades esenciales para ser un político exitoso. Le gustaba conspirar contra el gobierno de turno, pero lo hacía sin mucha convicción y menos persistencia; estuvo preso y exiliado en varias oportunidades. En 1977, durante una larga estadía en España, frecuentó a menudo al tío Gonzalo, quien me llevó en Madrid a visitar a gente ilustre, sobre todo a historiadores y latinoamericanistas españoles y a exiliados políticos. Recuerdo sobre todo una larga visita al ex-presidente de Bolivia y general Alfredo Ovando, quien poseía una hermosa residencia en Puerta de Hierro. Ahí conocí de cerca el alma retorcida de un dictador militar.

Entre las amistades de mi tío se hallaban políticos izquierdistas y escritores nacionalistas; el criterio de selección era el nivel cultural de la persona respectiva. Gonzalo Romero acariciaba una cierta aversión por el Estado de

derecho, la tradición liberal y los procedimientos democráticos. En el fondo era un nacionalista elitario, que quería guiar al pueblo de modo paternalista y desde arriba. La formación de minorías rectoras y élites políticas privilegiadas constituía una de sus preocupaciones centrales. Sostenía que los partidos de izquierda actuaban de acuerdo a una lógica del resentimiento; creía que en la vida social existía una "moral de esclavos", opuesta a una "moral de señores", que él obviamente encarnaba. Sus libros son lo más rescatable de sus esfuerzos verdaderamente febres (aunque desordenados) en muchos terrenos. Mantengo en mi recuerdo las siguientes obras: *Reflexiones para una interpretación de la historia de Bolivia* (1960), *Pequeña historia de Juan de Garay y su tiempo* (1976) y *La conquista de Nuevo Toledo (El Alzado de Charcas)* (1976). Para esta última realizó un detallado estudio de fuentes en España. Veo uno de los factores de su fracaso en su falta de persistencia: también como historiador y ensayista tío Gonzalo cultivó el hábito convencional del gran señor que rehúye el trabajo cotidiano y perseverante y que se dedica en cambio a las más diversas actividades según el humor del día. En sus últimos años, que coinciden con la restauración de la democracia a partir de 1982, lo noté desalentado: tantos esfuerzos durante cinco décadas, y uno cosecha el desinterés y el olvido de la opinión pública. En cierto sentido me pasó lo mismo, por eso pude comprender su estado de ánimo y sus reacciones, aunque nunca comparto su visión antiliberal de la historia y la política.



H.C.F. Mansilla. Doctor en ciencias políticas y filosofía, miembro de la Academia Boliviana de Ciencias y de la Lengua. El texto está incluido en *Memorias nacionadas de un escritor perplejo*.



Peregrinos de la vida

Al modo de introducción, mencionaré algunas distinciones especialmente relevantes en la trayectoria de Gaby Vallejo, una de las escritoras bolivianas con mayor proyección dentro y fuera de nuestro país.

Su obra *Hijo de Opa*, como todos recordamos, ganó el Premio Nacional de Novela "Erich Guttentag" 1976, auspiciado por Los Amigos del Libro. La productora UKAMAU la llevó a la pantalla bajo el título de *Los Hermanos Cartagena*, dirigida por Paolo Agazzi, con gran éxito de crítica y público.

En 1991, la Academia Casenatesi de Florencia le otorgó el Premio Dante Alighieri "por su defensa de los derechos humanos a través de la literatura".

El 2003, el IBBY le concedió, a su vez, el "Premio Internacional a la Promoción de la Lectura", durante la Feria del Libro Infantil (Bolonia).

En Bolivia recibió asimismo dos reconocimientos de alto nivel: el Premio al Pensamiento y la Cultura, otorgado por la prestigiosa Fundación La Plata, de la ciudad de Sucre (2001), que el Senado de la Nación vendría a ratificar algunos años después al concederle la Bandera de Oro "por su aporte a la cultura boliviana".

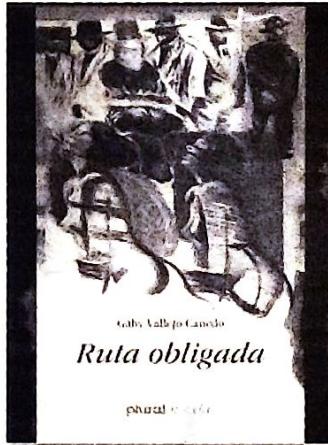
Por lo reseñado, bien podemos decir que Gaby Vallejo es una escritora que no necesita presentación, si bien el valor "informativo" de este preámbulo, a mi modo de ver, resulta útil y oportuno.

En su nueva novela (*Ruta obligada*, Plural, 2008), la autora describe la peripécia vital de un heterogéneo grupo de personajes, tan distintos entre sí como su propia extracción social y los específicos condicionamientos que ésta implica.

Marcela y Martha Julia, por ejemplo, estudiantes universitarias y futuras profesionales, pertenecen a la pequeña burguesía de cualquier capital de provincia. "Liberadas" y liberales, en algún momento "algo más que amigas", impregnadas de la amorabilidad y desorientación que caracterizaron los decenios 80 y 90, satisfacen únicamente apetencias inmediatas, egoístas, y comparten vacío moral y ausencia de principios que sustente sus acciones. Su esfuerzo por asumir una "identidad" es puramente epidémico (nunca mejor dicho) y, por lo tanto, su pretendida "realización personal" se reducirá a una fallida e irrelevante experiencia, abrigada, eso sí, por un entorno vital confortable que, en la práctica, no las redime de una existencia errática e insatisfecha: sería injusto, de alguna manera, que la "clase bien", encima de tener cubiertas sus necesidades básicas y disfrutar de la posibilidad de acceder a profesiones lucrativas, viviesen felices.

Rodolfo y su prima Lupe, con la que acabará casándose, posee un inconfundible perfil social de "clase media baja" (la inmensa mayoría, podríamos decir) y su compromiso con el mundo que le rodea es tan obvio como conflictivo, a incalculable distancia del simple hedonismo supuestamente transgresor de las "pijas" Martha Julia y Marcela.

Vive en un remoto distrito minero, es locutor radiofónico y conduce un programa líder de audiencia por su contenido directamente vinculado al "día a día" de los trabajadores del subsuelo, con cuyas reivindicaciones termina por identificarse. La efervescencia política se extiende, el descontento toma las calles en pueblos y ciudades, augurando un cambio de aires que los menos favorecidos piden a gritos... Pero lo que acontece, como en tantas otras circunstancias similares de las que, lamentablemente está repleta la historia de nuestro país, corta de raíz todas aquellas ilusiones que amenazaban a los llamados "poderes constituidos". La autora menciona específicamente el cruento golpe de estado de 1980, que segó la vida a destacados ideólogos y dirigentes sindicales. Rodolfo es represaliado, pierde su empleo, resulta herido de gravedad en una manifestación disuelta violentamente por el ejército, etc. Pese a todo, soñó brevemente a los infiernos acontecimientos de los que es testigo.



tigo directo y, veinte años más tarde, desde la perspectiva de la madurez, evoca aquellos días de plomo. Casi un final feliz.

Ahora bien, puestos a referir una odisea personal digna del más desaforado serial radiofónico—aunque en casos como el que resumiré el guión está a cargo de la propia vida— traeré a cuenta al personaje de la novela que, sin duda, posee mayor potencial dramático y es acreedor, por lo tanto, a un par de párrafos.

Gaby Vallejo pormenoriza la afrontosa y miséríma vida de Tomasa, una chica del campo, sin padres conocidos, que sufre constantes malos tratos en su "familia" de adopción, huye de allí... y como no tiene Hada Madrina que se aplade de sus sinsabores, se pone a trabajar, sin otra alternativa, en un local de expendio de bebidas alcohólicas (específicamente, una chichería). Impregnada de la sordidez y la pestilencia propia de este tipo de lugares, frecuentados por una clientela disoluta, adicta a la embriaguez habitual y a la disipación. El propietario de aquel infierno antrópico, del que muchos bebedores consuetudinarios hacen su segundo hogar, llamará su atención en Tomasa, que en adelante será objeto de su incontrolada lujuria. Abusa sexualmente de ella cuantas veces se le antoja y, al cabo de unos meses, la obliga a deshacerse clandestinamente del fruto de aquellas reiteradas violaciones, enviéndola, además, a un reformatorio "por mala conducta", nueva "prisión" de la que Tomasa no tardará en evadirse, como lo hizo ya cuando apenas era una niña, para eludir las palizas y vejaciones de que era objeto.

Sin embargo, poco puede esperarse, si la suerte de la espalda: únicamente la prostitución y el alcoholismo la aguardan detrás de cada esquina... y la ciudad tiene muchas.

Pobreza, analfabetismo, ni el más remoto indicio de encaminarse hacia un porvenir mínimamente llevadero: para los seres desvalidos como ella, existe sólo el presente. Cuando se convierta en un desecho humano, sin memoria ni ilusiones, se aferrará a la vida por un puro y simple instinto de conservación.

Tomasa es un personaje tributario del "realismo social" de los escritores de los años 30 y 40, cuyos postulados éticos y sociales, lamentablemente, no han perdido vigencia.

La autora describe este carácter sin tremendismo ni estriñencia, lo cual es un mérito añadido al que, de por sí, supone haberle dado vida literaria.

Por lo demás, a título personal, confieso mi debilidad por la "historia no vivida" de dos personajes que suscitaron mi inmediata simpatía: Fabrício y Verónica. Sabemos muy poco de ellos, lo suficiente, sin embargo, para intuir que están hechos "el uno para el otro": ambos aman la música, los libros... y por lo tanto toda la riqueza potencial que implican esas saludables y gratificantes aficiones, sin tener en cuenta, por el momento, las cualidades personales que el conocimiento mutuo les permitiría ir descubriendo cuando inicien su relación.

Aún no son amigos, ella ni siquiera sospecha la existencia de su fervoroso y discreto admirador. Porque Fabrício, en efecto, la ha visto y escuchado, incluso sabe su nombre: Verónica es componente de la Orquesta Sinfónica Nacional, se cruza con él en la calle, siempre va de prisa, lleva muchos libros y resulta obvio que no presta atención a los jóvenes como ella, que pasean y conversan sobre asuntos tan intrascendentes como sus propias vidas.

Fabrício intuye que están destinados a encontrarse y vivir luego, juntos, su personal e intransferible aventura.

Su convencimiento es tan absoluto que no vacila en escribir largas y apasionadas cartas, una detrás de otra, en horas nocturnas, como los poetas decimonónicos, que luego guarda celosamente para entregárselas en el momento oportuno, todas a la vez, como el atolondrado cartero de la felicidad que un día pondrá a los pies de ella aquel in sospechado tesoro hecho de hermosas palabras y de ingenuas confidencias. Fabrício está tan seguro como de su propia existencia de que, en cuanto ella las lea, su respuesta no se hará esperar...

Cierto día, se enterá a través de la prensa que la Orquesta Sinfónica dará un concierto en el Teatro Municipal de La Paz, donde vive Verónica. La emoción no le cabe en el pecho: ¡por fin ha llegado el momento supremo!

Llevando consigo las cartas, toma un coche de línea que efectúa el trayecto Cochabamba-La Paz. Durante el largo viaje, sus pensamientos ahuyentan el sueño... El desenlace —que no revelaré— no es propiamente tal, lo que añade originalidad a esta delicada propuesta de Gaby: ¿cómo podría tener lugar un "desenlace" convencional una historia que, en rigor, aún no ha empezado a acontecer?

La vida, viene a decírnos la autora, es la "ruta obligada" que todos estamos llamados a recorrer, con desigual fortuna, aprendiendo de nuestros errores o recayendo en ellos, aferrados a determinados principios y certidumbres o, simplemente, ignorando que vivimos, hasta el día en que dejemos de hacerlo, y no haya nadie junto a nosotros para escribir nuestro epitafio.

Los méritos profesionales de Gaby Vallejo —mencionados al principio de este comentario— hablan por sí solos de su importancia dentro de la literatura boliviana. Creo que cualquier obra de su extensa bibliografía puede servir de ayuda para empezar a conocer su obra (aludo a quienes aún no la han leído, obviamente). Parafraseando el título de la novela que acabo de comentar, diría que Gaby es una escritora de "lectura obligada".

Raúl Teixidó, 1943. Abogado, crítico y narrador boliviano. Reside en España

Xavier Abril de Vivero



Xavier Abril de Vivero. Lima, 1905 – Montevideo, 1990. Ha publicado los poemarios *Hollywood* (1931), *Difícil trabajo* (1916 - 1930), *Descubrimiento del alba* (1937), *Homenaje* (1971), *La rosa escrita y otros poemas* (1987), *Declaración en nuestros días* (1988), *Poesía inédita* (1921-1976) y, *La rosa escrita* (1996). Es uno de los principales poetas del Perú, cultivó ampliamente la vanguardia, mostrando influencias del surrealismo y de la escritura automática.

Al cisne

(*Homenaje a Stéphane Mallarmé*)
(extracto)

Un cygne d'autrefois se souvient
que c'est lui Magnifique...
Mallarmé

Un cisne, sí evaporado y puro,
evadido de Febo,
del alba de sus días,
-color remoto-
bogando ya en la ausencia,
en el olvido.

Un cisne, sí, líquido
cristal suspenso
en el aire mismo,
confidencial eterno,
vuelto recuerdo, vacío
de la memoria, intenso
en el desmayo.

Un cisne, sí transido
-suspiro muerto-,
eco de luz,
espejo.

Un cisne, sí en la tiniebla
-transparente-
del secreto.

II

¡Oh cisne!
Iniciada blancura,
mago del misterio,
morador del cielo.

¡Oh cisne!
Hermano de Apolo,
blancamente herido.
Amado por la luz,
llorado por la sombra.

¡Oh cisne!
Eres el secreto
de la abstracción:
apariencia
y espejo.

¡Oh cisne!

Que no vives
sino en la mente,
alejado de lo constante:
negador de lo real,
separado del color
por la blancura perfecta.

¡Oh cisne!
Concierto de soledad,
esquivo acorde,
sagrado silencio;
solo en sí mismo.

III

En el sueño el cisne
duerme benévolamente,
al margen de la Luna
y el tiempo.

La honda riza
la soledad del lago,
espejo del fluir.

¡Claro cisne del tiempol

IV

Apenas desprendido de la luz,
el alto cuello lívido,
sabe el secreto, sabe
lo soñado.

El lago, la blancura
y el olvido.

V

Desaparecido en el agua,
-también muerta-,
El cisne busca la línea de la luz.
Entre el ocaso,
su cuello extático
anuncia
lo blanco.

Dibújase cisne,
asimismo, en la huida:
seguro en la onda,
ala de su minuto.

Ya no le queda
más que el cielo,
su retrato.

VI

(Columnas del Templo de Salónica, el Louvre)
Lésbico cisne (Horacio)

¡El cisne, el cisne, el cisne!
Atraviesa el cuerpo,
el sueño.
¡Oh misterio de Leda!

El cisne,
columna misma, cisne,
llave de Salónica,
templo de puro cuello
que ama eterna diosa.

Hermético sexo,
cisne, flor de loto,
en el que sólo fuego
nace de su lago.

Ya el muslo de Leda
es el cisne dormido.

VII

Cuando el vuelo de la noche
aparece el yo dormido
en oculto lago oscuro
desconocido del sueño,
sólo se divisa, apenas,
en el fondo de los cuerpos,
antiguo cisne dormido.

Separado de uno el tiempo
va irizando las blancuras
de un pálido huido espejo.

(Figuras solas, perfiles,
tinieblas, aparecidos
insistentes, letales,
sombras, deseos lúidos.)

Ondas ocultas, perdidas,
cisne en el cristal cierto;
cuello leve de la fuga,
martirizado delirio.

Siga el desvelo la oscura
estela, el rostro de la onda.
De la luz, el cielo, el aire,
nacen las alas, el rumbo
ágil, deslizado engaño.

VIII

Audaz y sigiloso
huésped de la blancura,
-cuello níveo del tiempo-
en los límites y ondas
del acoso silencio,
asciende de sí mismo.

IX

Está vuelto en el espacio:
-Lago, aire, serenidad-.
Corre secreto en el tiempo.
Fuga del color: blancura.

X

Amante de lejanía,
languido cisne mágico,
toma a su oculto silencio.

Pureza

Dando vueltas por el idioma me
desnudé de las palabras hasta quedar a
pie sobre las les.

-¿Quién ha dicho antes esto que oigo
ahora sonorizado mito?-

Y ni para qué hablar de cuando a sentir
sentí meno que un animal sin patas.

Naturaleza

No alcanzará a ser puro mientras no
crezca hierba de mis pies. Hasta no saber
oscuramente, que en mí fluye el agua,
crece el fuego, trashuman animales.

Alejandro Neyra sostiene que la influencia del manismo y de la revolución socialista marcó fuertemente a los jóvenes líderes sociales y literarios hacia fines de los 20, lo que condujo a que Xavier Abril renegue de su ilusión por los movimientos de vanguardia, que buscán un acercamiento al mundo del sueño, en lugar de un mayor compromiso con la lucha social. Su poesía fue transformándose de a poco, manteniendo algunos elementos del surrealismo, pero haciéndose más militante.

El relativo olvido que existe en torno a su obra poética tiene que ver con el silencio creativo en que se sumió el poeta desde finales de los 30. La salida de España, la guerra, el real punto de quiebre en la vida de Abril parece incontrarse en la muerte de su entrañable y admirado amigo César Vallejo.

El mundo poético de Jaime Sáenz

El profesor de Literatura Latinoamericana, poeta, ensayista, crítico de cine y guionista Leonardo García-Pabón, quien nació en La Paz en 1953, nos revela los vericuetos éticos y poéticos de Jaime Sáenz en su tránsito por la vida, el alcohol y la muerte

Tercera de 4 partes

Con Bruckner Sáenz completa su reflexión sobre la obra artística donde priman las relaciones abstractas y especulares, e inicia, a la vez, una reflexión basada más en lugares y personajes (reales o ficcionales) que llevan en sí las marcas de esas relaciones especulares, las huellas de lo revelado, y que son, para Sáenz encarnaciones de la "Verdadera Vida".

En este sentido, la ciudad de La Paz y sus habitantes, en especial los marginales, son ahora los seres privilegiados por la mirada de Sáenz. Aunque todos sus libros tienen, de una u otra manera, a la ciudad de La Paz como un escenario de fondo, algunos libros como *Al pasar un cometa* (1982), poemas, *Imágenes paceñas* (1979), prosa poética, y *Vidas y muertes* (1986), retratos de personajes paceños, ponen a la ciudad como el centro privilegiado de su interés. Estos libros muestran el mundo social y cultural paceño, pero visto por el poeta desde su propia marginalidad, aquella que le trajo su vida de alcohólico y que lo arrastró a las zonas más oscuras de la ciudad de La Paz.

Por ejemplo, en *Imágenes paceñas*, conjunto de descripciones y fotografías de personajes y lugares de la ciudad de La Paz, en un gesto más evocativo que descriptivo, Sáenz trata de recuperar el espíritu de la ciudad de la primera mitad de siglo que, cuando él escribe, se encuentra en un proceso irremediable de desaparición. Así, los personajes que Sáenz retrata son seres que el progreso ha arrinconado definitivamente: artesanos, pequeños comerciantes, vendedores de mercado. Sáenz destaca en especial, aquéllos, los personajes más marginados por la sociedad paceña: locos, mendigos, aparatitas (indios cargadores), en los cuales Sáenz ve el espíritu profundo de la ciudad y del ser boliviano. Entre todos ellos sobresale el aparapita, personaje que Sáenz ve como el arquetipo del verdadero ser humano.

El aparapita es esencial para entender toda la obra de Sáenz. Donde mejor se ve su importancia es en su novela *Felipe Delgado*. En esta novela, el protagonista es un alcohólico que ve un camino hacia el conocimiento en la vida del aparapita, una vida dedicada a la meditación, al silencio, a la pobreza, y que culmina en una muerte/suicidio, consumada por intoxicación alcohólica. Aunque Sáenz negó muchas veces que esta novela fuera de inspiración autobiográfica, no se puede dejar de ver en ella algunos aspectos de su vida personal, especialmente, los referidos a su época de alcohólico.

Aunque es difícil precisar fechas, la etapa alcohólica de Sáenz duró desde su adolescencia hasta su madurez, unos 15 años más o menos (1945-1960), habiendo sufrido en ese tiempo dos crisis de *delirium tremens*. En *La piedra Imán*, Sáenz nos entrega por boca de varios personajes una vívida imagen de sus años de alcoholismo. Por ejemplo, su tía (la mujer que acompañó y cuidó a Sáenz para toda su vida) dice: "Ya pareces un degenerado bebiendo día y noche en esa bodega, metido ahí, con los matones y los rateros. Tus gritos se oyen hasta la Plaza y no trabajas ni haces nada, y tu vida es beber y beber...". En otro lugar, uno de sus amigos le transmite la opinión que se tiene de él:

Caramba; qué se hará con este don Jaime. Persona tan decente, y el pobre joven anda botando piojos. Un aparapita es un lujo al lado de él... Pero es su culpa... Es

demasiado irresponsable y hasta abusivo, y a veces ya parece uno de esos energúmenos y malentrenados sin Dios ni ley. Insulta a todo el mundo y pelea con todos, anda vociferando y desafiando, mete escándalos por aquí y por allá... y de repente baja a la morgue a profanar los cadáveres,... y se hace ultrajar y pisotear; y finalmente entra a la botica, rompe los vidrios y lo llevan a la policía

muerte y el lenguaje. Confluencia que más adelante será oposición, enfrentamiento y elección, porque Sáenz, en un momento de su vida, se dio cuenta de que beber y escribir eran incompatibles. Comprendió que habría que elegir una de las dos opciones de forma radical definitiva. La renuncia al alcohol fue un gesto ético y poético, pues Sáenz eligió la entrega a su obra como forma de vida, como el principio que, en adelante, regiría sus actos. A la vez, esa entrega significó la creación de un universo poético, cuya clave está en la misma elección y en la transformación *alquímica* de la experiencia alcohólica en escritura.

Esta renuncia voluntaria al alcohol ocurrida aproximadamente en la década de los sesenta fue uno de los mayores triunfos de su vida. Salvo esporádicas recaídas, Sáenz no volvió a beber hasta poco antes de su muerte en 1986. En estos años, alejado del alcohol, escribió la mayor parte de su obra. En 1980, una de sus recaídas lo llevó al borde de la muerte, y de ese trance nació su texto *La noche* (1984), un poemario, diría yo, aterrador, pues da la visión de la experiencia del alcohol y la muerte desde el interior de esa misma experiencia:

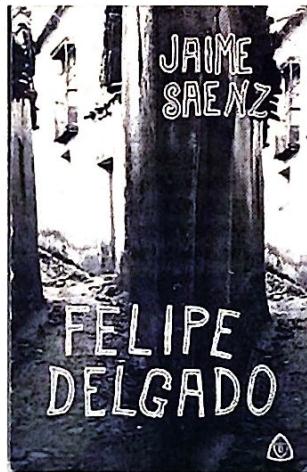
*Nadie podrá acercarse a la noche
y acometer la tarea de conocerla,
sin antes haberse sumergido en los
horrores del alcohol*

*La noche, una revelación no revelada.
Acaso un muerto poderoso y tenaz
quizá un cuerpo perdido en la propia noche.
En realidad, una hondura, un espacio
inimaginable.
La noche*

Este libro es el mejor testimonio de cómo el alcohol fue, para Sáenz, un camino hacia el conocimiento profundo del mundo, una experiencia de revelaciones extremas, pero que sólo la poesía podía iluminar, presentar y expresar en toda su intensidad. Como lo escribió en *El escalpelo*, para el poeta fue *necesario (escribir) una carta para poder ver mejor la luz de las cosas*.

Su vida de alcohólico creó asombro y rechazo en la sociedad paceña en los años cincuenta. Rechazo y marginación que se mantendrán en los círculos literarios y sociales más conservadores por el resto de su vida. Pero su personalidad y su literatura atrajeron y sedujeron a un grupo grande e importante de jóvenes artistas, escritores e intelectuales. Como pocas veces en la historia de la literatura boliviana, un escritor pudo, si no crear escuelas, por lo menos establecer un grupo de seguidores a su ética y a su poética. Se puede decir, que muy pocos representantes de la literatura, la música o la pintura contemporánea en Bolivia han dejado de tener alguna relación o influencia de Sáenz. Incluso su importancia se ha sentido en las nuevas generaciones de videastas y cineastas.

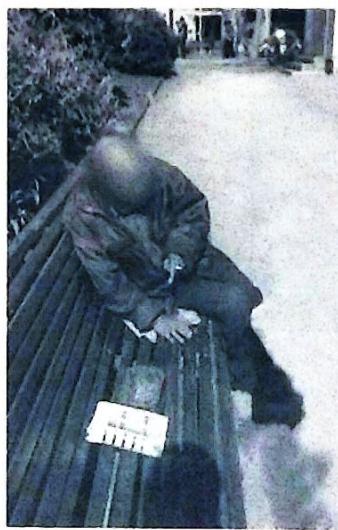
Continuará

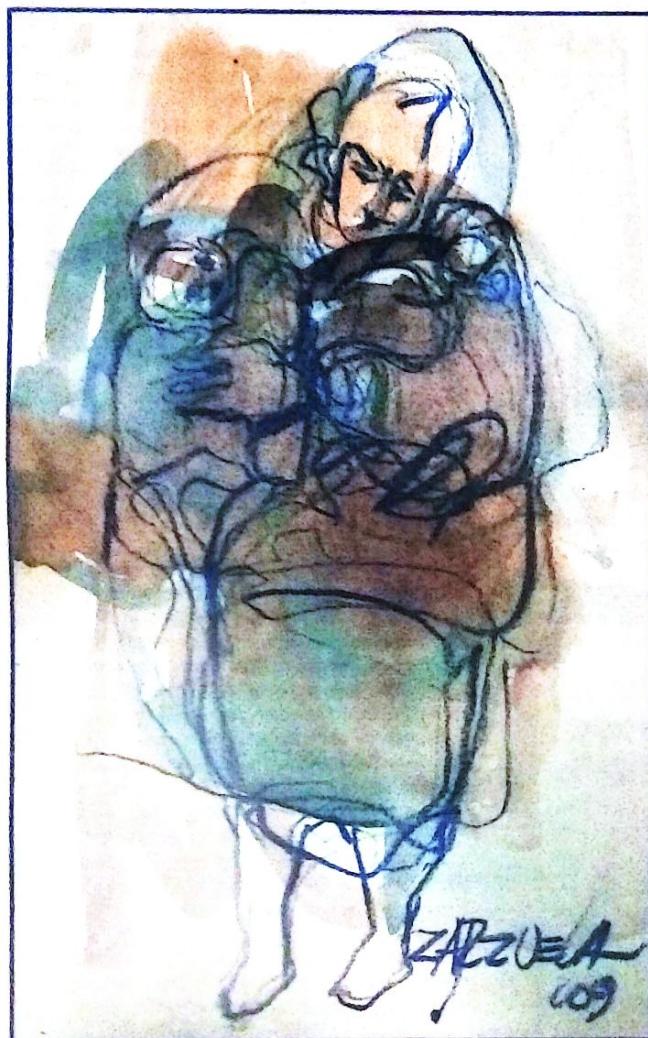
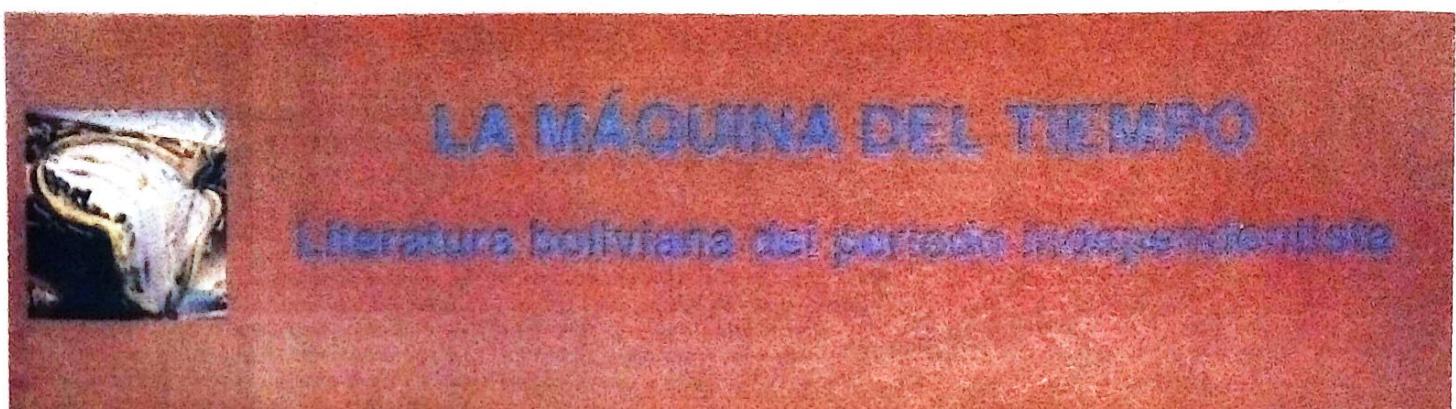


*y todavía se burla del comisario y le habla en no sé qué
idioma, que nadie entiende, y que seguramente él ha
inventado. Y así don Jaime se hace odiar.*

La piedra Imán

En estas últimas líneas, se puede ver la confluencia de los temas mayores de su vida y su obra: el alcohol, la





En Verso

Bernardo Mariscal. (¿?) Cura de Tarata, cuyos versos van motivados, en algunos casos, por citas bíblicas en lengua latina. Al igual que Sebastián Méndez, es muy poco lo que sabemos sobre este autor. Al leer sus versos advertimos que tiene mejor oficio poético que Méndez, especialmente en la composición de sus décimas. Su "Exposición moral de la Epístola de San Pablo a los romanos", escrita en 1812, luego de la victoria de Goyeneche en la Colina de San Sebastián (27 de mayo de 1812), en 15 estrofas con títulos en latín, es una muestra clara de su talento creativo, como lo podemos apreciar en el siguiente fragmento:

**Frates; Sientes quia hora est jam
nos de somno surgere**

*Hermanos, llegó la hora
Dichosa y apetecida
en que la lealtad oprimida
respira ya triunfadora,
deponed el sueño ahora
despertando del letargo,
aquel desvarío largo
de esa torpe fantasía
que engendró la tiranía,
causando fatal estrago.*

Nun enin propios est nostra salus

*Ahora, ya puedo decirlos
con piadosa libertad,
que hemos llegado a alcanzar
nuestra salud que perdimos;
hemos sido redimidos
por un noble general,
el héroe más especial
en perfección sin cotejo
de virtudes el complejo,
en todo en fin muy cabal.*